

vuelas hacia la claridad que no se ve, disfrutando sólo la dicha de pensar que ellas saben dónde está, aspirando en la inmensidad y en lo desconocido, fijos los ojos en la oscuridad inmóvil, arrodilladas, estupefactas, sin tino, estremecidas, medio soliviadas á ciertas horas por los profundos hálitos de la eternidad.

LIBRO OCTAVO

LOS CEMENTERIOS

TOMAN LO QUE SE LES DA

1

DONDE SE TRATA DE LA MANERA DE ENTRAR EN EL CONVENTO

En esta casa fué donde Juan Valjean habia, segun la expresion de Fauchelevent, « caido del cielo. »

Saltó, como hemos visto, la pared del jardin que formaba esquina en la calle Polonceau. Aquel himno de ángeles que oyó en medio de la noche, eran las religiosas cantando Maitines; aquella sala que entrevió en la oscuridad, era la capilla; aquel fantasma que distinguió tendido en el suelo, era la monja que hacía la reparacion; aquel cascabel cuyo ruido le sorprendió de un modo tan ex-



traño, era el cascabel del jardinero, que pendía de la rodilla del tío Fauchelevant.

Después de haber acostado á Coseta, Juan Valjean y Fauchelevant, según hemos dicho ya, se pusieron á cenar un pedazo de queso y un vaso de vino, ante la llama de una buena lumbre; en seguida, habiendo ocupado Coseta la única cama que había en la barraca, se recostaron ellos cada uno sobre un haz de paja. Antes de cerrar los ojos, dijo Juan Valjean: — Preciso es que yo quede aquí ya para en adelante. — Esta palabra estuvo dando vueltas toda la noche por el cerebro de Fauchelevant.

Á decir verdad, ni uno ni otro durmieron un segundo.

Viéndose descubierto, y con Javert sobre su pista, Juan Valjean comprendía que él y Coseta eran perdidos si volvían á entrar en París. Pues que el nuevo huracán que acababa de darle tan fuerte sacudida le había arrojado á aquel claustro, Juan Valjean no abrigaba en este instante otra idea que la de permanecer allí. Ahora bien, para un desgraciado que se encuentra en su situación, aquel convento era á la vez el lugar más peligroso y el más seguro; el más peligroso, porque no pudiendo penetrar allí ningún hombre, si á él le descubrían, sería un delito flagrante que conduciría directamente á Juan Valjean desde el convento á la cárcel; el más seguro, porque si conseguía hacerse aceptar allí y fijar su morada, ¿quién había de venir á buscarle á tal sitio? Habitar un lugar imposible, era para él la salvación.

Fauchelevant á su vez se taladraba el cerebro; comenzando por declararse que él nada comprendía de cuanto estaba viendo. ¿Cómo es que se hallaba allí el señor Magdalena, á pesar de aquellas enormes murallas que guardaban el convento contra todo acceso humano? murallas de claustro no se saltan tan fácilmente. ¿Cómo es que se hallaba allí con una niña? Una pared elevada y perpendicular no se

escala con un niño en brazos: ¡imposible! ¿Qué niña sería aquella? de dónde venían ambos? Desde que se hallaba en el convento, Fauchelevant no había vuelto á oír hablar siquiera de M., y por consiguiente nada sabía de cuanto había pasado en su pueblo, ni de las trágicas aventuras del tío Magdalena. El semblante de este era en tónces el ménos á propósito para dar alientos á ningún curioso preguntón; y además, Fauchelevant decía para sí: No se deben dirigir preguntas á un santo. El señor Magdalena había conservado para él todo su mágico prestigio. Sólo que, de algunas palabras escapadas á Juan Valjean, creyó el jardinero poder concluir que el señor Magdalena, á causa de la rudeza de los tiempos, habría hecho quiebra probablemente, y se veía perseguido por sus acreedores; ó bien que se hallaba complicado en algún asunto político que le obligaba á ocultarse; lo que no desagradaba del todo á Fauchelevant, quien, como muchos de nuestros labradores del Norte, conservaba un antiguo fondo bonapartista. Queriendo esconderse, el señor Magdalena había escogido el convento por asilo, y era muy natural que deseara permanecer allí. Pero lo inexplicable para él, á lo que volvía siempre en sus razonamientos Fauchelevant, y en lo que se rompía la cabeza, era la manera cómo el señor Magdalena había logrado penetrar hasta aquel sitio, y con aquella criatura. Fauchelevant los veía, los palpaba, les hablaba, y aún no se atrevía á creer que aquello fuese una realidad, y no un sueño. Lo incomprendible acababa de hacer su entrada en la choza de Fauchelevant. Fauchelevant caminaba á tientas en sus conjeturas, y ya nada veía él claro sino esto: El señor Magdalena me ha salvado la vida. Esta certidumbre única bastaba para él y le determinó á obrar; diciendo para su colete: Ahora es mi turno; y añadiendo en su conciencia: El señor Magdalena no deliberó tanto cuando se resolvió á meterse debajo del carro para sa-



carme á mí á salvo. Decidió, pues, que él salvaria al señor Magdalena.

No obstante, hizose várias preguntas y otras tantas respuestas : — Despues de lo que él ha hecho por mí, si fuera un ladrón, ¿ le salvaria yo? lo mismo. Y si fuera un asesino, ¿ le salvaria ? tambien. Puesto que es un santo, ¿ le salvaré ? no admite duda.

Pero hacerle permanecer en el convento, ¡ qué problema! ante esta tentativa, casi quimérica, Fauchelevant no retrocedió : aquel pobre labriego picardo, sin otra escala que su reconocimiento, su adhesion, su buena voluntad, y algo de esa vieja astucia, de esa sutileza campesina puesta ahora al servicio de una intencion generosa, emprendió escalar las imposibilidades del claustro y los rudos escarpes de la regla de San Benito. El tío Fauchelevant era un viejo que toda su vida habia sido egoísta, y que en sus últimos dias, enfermo, cojo, sin tener nada ni á nadie que le interesara en el mundo, halló grato y dulce para él el mostrarse reconocido ; y viéndose en presencia de una obra buena, de una accion virtuosa, se lanzó á ella como un hombre que, en el momento de morir, se encontrase á la mano con un vaso de vino generoso del cual no hubiera él gustado jamás, y le bebiera con avidez. Podemos añadir que el aire que respiraba, hacia ya algunos años, en aquel convento, habia destruida en él la personalidad, concluyendo por hacerle necesaria una buena accion, cuquiera que ella fuese.

Adoptó pues la resolusion de entregarse en cuerpo y alma y consagrarse con entera abnegacion al servicio del señor Magdalena.

Acabamos de apellidarle *pobre labriego picardo*. La calificacion es justa, pero incompleta. En el punto al cual hemos llegado en esta historia, creemos útil un poco de fisiología del tío Fauchelevant. Era este un labriego, pero tam-

bien habia sido tabelion, ó fiel de fechos, lo que añadia á su sutileza algun ardid sofisticado, y á su rústica sencillez, una viva penetracion. Habiendo fracasado en sus negocios, por diversas causas, de tabelion se habia convertido en carretero y en simple operario. Pero en despecho de los tacos, votos y juramentos y de los latigazos, necesarios á los caballos, segun parece, algo del fiel de fechos habia quedado en él todavia. Poseia cierto talento natural ; no decia nunca juimos ni jaremos ; tenia su poquito de conversacion, no del todo mal sostenida, lo que no deja de ser raro en un lugar ; y los demas labriegos solian decir de él : habla casi lo mismo cun señor de sombrero. Fauchelevant pertencia en efecto á esa especie que el vocabulario impertinente y liviano del siglo anterior calificaba de : entre la villa y el campo, *medio-señor, medio-patan*, y que las metáforas lanzadas desde el castillo feudal sobre la cabaña, rotulaban en el anaquel de los pecheros : *alvo palurdo, algo señorita ; pimienta y sal*. Fauchelevant, aunque muy maltrato y muy gastado ya por la suerte, especie de pobre alma vieja que enseña la cuerda, era sin embargo un hombre de primer movimiento, y muy espontáneo ; cualidad preciosa que impide el ser malo jamas. Sus defectos y sus vicios, pues los habia tenido, sólo eran superficiales ; en suma, su fisonomia era de esas que previenen en su favor, á juicio de toda mirada observadora. Aquel semblante viejo no tenia ninguna de esas tristes arrugas que en la parte superior de la frente significan maldad ó bestialidad.

Al amanecer, despues de haber estado soñando toda la noche, el tío Fauchelevant abrió los ojos y vió al señor Magdalena que, sentado sobre su haz de paja, estaba mirando á Coseta dormida. Fauchelevant se sentó tambien sobre su cama de circunstancias y dijo :

— ¿ Ahora que está usted aquí, cómo va á arreglarse para entrar ?



Esta pregunta resumía ella sola toda la situación, y despertó á Juan Valjean de su ensueño.

Los dos hombres tuvieron consejo.

— En primer lugar, dijo Fauchelevant, es preciso que comiencen ustedes por no poner los piés fuera de este cuarto, ni la niña ni usted. Un paso en el jardín, nos comprometería y nos perdería completamente.

— Es claro.

— Señor Magdalena, añadió Fauchelevant, usted ha llegado en un momento muy bueno, quiero decir muy malo; pues una de esas señoras está muy enferma. Esto hará que no miren mucho hácia nuestro lado. Parece que está para morir. Ya la rezan las oraciones de cuarenta horas. Toda la comunidad está en vilo. Eso las ocupa bastante. La que está á punto de dejarlas es una santa. En verdad que aquí todos somos santos; no hay más diferencia sino que ellas dicen: Nuestra celda, y yo digo: Mi azada. Ahora van á hacer la oracion de los agonizantes, y despues la oracion de difuntos. Por hoy, estaremos aquí tranquilos; pero de mañana, no respondo.

— Sin embargo, observó Juan Valjean, esta barraca está en la rinconada de la pared, oculta por una especie de ruina, y por los árboles, en términos que no se la distingue desde el convento.

— Y yo debo añadir, dijo el jardinero, que jamas se acercan á ella las monjas.

— ¿Y bien? repuso Juan Valjean.

El punto interrogante que acentuaba este: y bien, significaba: me parece que bien se puede uno guardar aquí. Á ese punto de interrogacion contestó Fauchelevant:

— Pero es que hay niñas.

— ¿Qué niñas? preguntó Juan Valjean.

Al mismo tiempo que Fauchelevant abría la boca para

explicar la palabra que acababa de pronunciar, se oyó una campanada.

— La religiosa ha muerto, dijo. Hé ahí que doblan.

É hizo una seña á Juan Valjean para que escuchara.

Oyóse una segunda campanada.

— ¿Oye usted, señor Magdalena? están doblando. La campana continuará sonando así de minuto en minuto, por espacio de veinticuatro horas, hasta que salga el cadáver de la iglesia. Ya usted ve, les gusta jugar. En las horas de recreacion, basta que una pelota salte por aquí rodando para que ellas se vengán detras, y, á pesar de todas las prohibiciones, recorren y revuelven todo esto. Son diablejos esos querubines.

— ¿Quién? preguntó Juan Valjean.

— Las chiquitas. Ande usted, que no tardarian ellas en destubrirle; y gritarian: ¡Ay! un hombre! pero lo que es hoy, descuide usted, no hay peligro. No habrá recreacion. Todo el día lo pasarán rezando. Oiga usted la campana. Como decia yo hace poco, una campanada cada minuto. Son los dobles.

— Comprendo, tío Fauchelevant. Hay pensionistas.

Y Juan Valjean dijo aparte entre sí:

— Sería excelente ocasion para educar á Coseta.

Fauchelevant exclamó:

— ¡Pardiez! ¡si hay aquí niñas! ¡Y qué chillarian al redor de usted! ¡y qué huirían asustadas! Porque, en esta casa, ser hombre es tener la peste. Ya está usted viendo que me cuelgan un cascabel á la pata como si yo fuera una fiera.

Juan Valjean cavilaba cada vez más profundamente. — Este convento nos salvaría, — murmuraba él en su interior. En seguida levantó la voz y dijo:

— Sí, lo difícil, es el poder quedar aquí.

— No, repuso Fauchelevant, es el poder salir.



Juan Valjean sintió agolpársele la sangre al corazón.

— ¡Salir!

— Sí, señor Magdalena, para volver á entrar, es preciso que usted salga.

Y despues de haber dejado pasar otra campanada, Fauchelevent prosiguió :

— No es posible que se deje usted hallar aquí de esta manera. ¿De dónde viene usted? para mi, usted viene caído del cielo, porque yo le conozco muy bien; pero lo que es para las monjas, necesitan ellas que se entre por la puerta.

De repente se oyó un toque bastante complicado, y de otra campana diferente.

— ¡Ah! dijo Fauchelevent, esta es la llamada á las madres vocales. Van al capitulo. Cuando alguna muere, siempre celebran capitulo. Ha muerto al amanecer. Es la hora en que se suele morir ordinariamente. ¿Pero es que no podría usted salir por donde entró? Vamos á ver, no es por hacerle á usted ninguna pregunta, pero, ¿por dónde ha entrado usted?

Juan Valjean se puso pálido; la sola idea de volver á bajar á aquella calle formidable le hacía temblar. Salid de una selva poblada de tigres, y una vez fuera de ella, figuraos un consejo de amigo que ós invita á volver á entrar. Juan Valjean imaginaba ver aún rebullirse y hormiguar toda la policía en aquel barrio, agentes en observacion, vigías en acecho por todas partes, horribles puños amenazando su cuello, quizás el mismo Javert en la esquina de la encrucijada.

— ¡Imposible! dijo. Tio Fauchelevent, suponga usted que ha caído del cielo.

— Pero si yo lo creo así, lo creo, respondió el jardinero. No necesita usted decírmelo. Dios le habrá tomado á usted por la mano para mirarle de cerca, y despues le habrá soltado. Sólo que él queria sin duda ponerle á usted en

un convento de hombres; y se equivocó. Vamos, otro toque. Este es para avisar al portero que vaya á prevenir al médico de difuntos para que venga á ver que hay una muerta en la casa. Todas esas son las ceremonias de morir. Esas buenas señoras no gustan mucho de semejante visita. Un médico no cree en nada. Él llega, levanta el velo, y á veces tambien levanta otra cosa. ¡Qué de prisa han hecho avisar esta vez al médico! ¿Pues qué habrá? Su niña de usted duerme siempre. ¿Cómo se llama?

— Coseta.

— ¿Es, como quien dice, su hija de usted? ¿usted seria su abuelo?

— Sí.

— Lo que es por ella, el salir de aquí, será cosa fácil. Yo tengo mi puerta de servicio, que da al patio. Llamo, el portero abre; llevo mi canasta á la espalda, la niña va dentro, y salgo. El tio Fauchelevent sale con su canasta, es muy sencillo. Usted encargará á la niña que se esté bien quietecita, y que no respire siquiera. La cubriré con mi toldo. Despues la depositaré todo el tiempo que se necesite en casa de una buena vieja frutera, amiga mia, que vive en la calle del Chemin-Vert, que es sorda, y donde hay una camita. La gritaré al oído, á la frutera, que es una sobriñita mia, y que me la guarde hasta mañana. Despues volverá la niña á entrar, con usted. Pues yo los hare entrar á ustedes en seguida. Será preciso que así sea. Pero y usted, ¿cómo va á arreglarse para salir?

Juan Valjean meneó la cabeza.

— Que nadie me vea, es todo lo que necesito y lo que deseo, tio Fauchelevent. Invente usted un medio de hacerme salir, como á Coseta, en una canasta, y bajo un toldo.

Fauchelevent se rascaba con el corte de la mano iz-



quiera por bajo de la oreja, en señal de una dificultad grave.

Á este tiempo hizóse oír un nuevo toque.

— Ese es el médico de los muertos, que ya se va, dijo Fauchelevant. Ha mirado, y ha dicho: Está muerta, bueno. Una vez que el médico ha visado el pasaporte para el paraíso, las pompas fúnebres envían una caja. Si es una madre, son las madres las que la entierran; si es una hermana, entónces son las hermanas á quienes toca enterrarla, es decir, amortajarla y depositarla en la caja que han traído los de las pompas fúnebres. En seguida, voy yo á clavarla. Esto forma parte de mi jardinería. Aquí un jardinero es también algo sepulturero. Se la conduce á una capilla baja de la iglesia que comunica á la calle, y donde ningún otro hombre puede entrar jamás, si no es el médico de los muertos. Yo no cuento entre los hombres á los enterradores ni á mí. En aquella capilla es donde yo clavo el féretro. Los sepultureros vienen á tomarlo, y ¡latigazo, cochero! así es como se va al cielo. Traen una caja donde no hay nada; se la llevan despues con algo dentro. Á esto está reducido un entierro. *De profundis.*

Un rayo de sol horizontal rozaba el semblante de Coseta medio adormecida, que entreabría vagamente la boca, y parecía un ángel bebiendo luz. Juan Valjean se habia puesto de nuevo á mirarla. Ya no escuchaba á Fauchelevant.

El no ser escuchado, no es una razón para callar. El buen anciano jardinero continuaba tranquilamente sus repeticiones machaconas.

— La fosa la abren en el cementerio Vaugirard. Según dicen, parece que van á suprimir ese cementerio de Vaugirard. Es un antiguo cementerio que está fuera de los reglamentos, que no tiene ya uniforme, y le van á dar el retiro. Es lástima, porque es cómodo. Yo tengo allí un amigo, el tío Mestienne, sepulturero. Las religiosas de aquí tienen

un privilegio, que es el de ser conducidas á aquel cementerio al anochecer. Hay un acuerdo de la prefectura expresamente para ellas. Pero, ¡cuántos acontecimientos desde ayer nada más! la madre Crucifixion ha muerto, y el tío Magdalena...

— Está enterrado, dijo Juan Valjean sonriendo tristemente.

Fauchelevant hizo rebotar la palabra.

— ¡Caramba! si usted estuviera aquí del todo, eso sí sería un verdadero entierro.

Oyóse á este tiempo un cuarto toque. Fauchelevant descolgó con presteza del clavo la rodillera de cascabel y la ató á su rodilla.

— Esta vez es á mí. La madre priora me hace llamar. Bueno, me pico con el clavillo de mi hebilla, por ir de prisa. Señor Magdalena, no se mueva usted, y espéreme aquí. Hay algo nuevo. Si tiene usted hambre, ahí está el vino, el pan y el queso.

Y salió de la casilla diciendo: ¡Ya van, ya van!

Juan Valjean lo vió ir, atravesando el jardín tan de prisa como selo permitía su pierna torcida, y sin dejar de mirar de lado hácia el melonar.

Diez minutos no habian transcurrido, cuando el tío Fauchelevant, cuyo cascabel ponía en fuga á su paso á todas las religiosas, daba un golpecito en una puerta, y una voz suave y dulce respondía: *Por siempre. Por siempre*, es decir: *Entrad.*

Aquella puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio. Este locutorio se hallaba contiguo á la sala del capítulo. La priora, sentada en la única silla del locutorio, esperaba á Fauchelevant.



Fauchelevant repitió el saludo.

— Tío Fauvent, yo soy quien le he hecho llamar á usted.

— Aquí me tiene usted, reverenda madre.

— Tengo que hablarle.

— Y yo, á mi vez, dijo Fauchelevant con una osadía de la cual tenía el miedo interiormente, tengo algo que decir á la muy reverenda madre.

La priora le miró.

— ¡ Ah ! tiene usted alguna comunicacion que hacerme.

— Una súplica.

— Pues bien, hable usted.

El bueno del tío Fauchelevant, en su calidad de ex fiel de fechos, pertenecía á la categoría de los lugareños que no carecen de aplomo. Cierta ignorancia hábil es una fuerza; no desconfía uno de ella, y sólo despues es cuando se percibe del engaño. Desde algo más de dos años que habitaba en el convento, Fauchelevant habia mostrado constantemente el mayor acierto para con la comunidad, saliendo bien de todas sus empresas. Siempre solitario, y entregado todo él á las faenas de su jardinería, no tenía otra cosa que hacer sino ser curioso. Á distancia, como él se hallaba, de todas aquellas mujeres tapadas que iban y venian, no veía ante sí sino una agiacion de sombras. Á fuerza de atencion y de penetracion, habia conseguido al fin revestir de carne y hueso á todas aquellas fantasmas, y aquellas muertas vivian para él. Era como un sordo cuya vista se alarga y como un ciego cuyo oído se afina. Habíase dedicado á distinguir la significacion de cada toque, y habia logrado conocerlos, en términos que aquel claustro enigmático y taciturno nada tenia que fuese oculto para él; aquel esfinge le vociferaba todos sus secretos al oído. Sabiéndolo, todo lo ocultaba Fauchelevant. En esto consistía su arte. Todo el convento le tenía por estúpido, lo que en religion es un gran mérito. Las madres

## II

### FAUCHELEVENT EN PRESENCIA DE LA DIFICULTAD

En las ocasiones críticas, sobre todo para ciertos caracteres y en ciertas profesiones, y principalmente entre los sacerdotes y los religiosos, es muy comun el mostrarse agitado y grave al mismo tiempo. En el momento en que entró Fauchelevant, hallábase impresa esta doble forma de la preocupacion en la fisonomía de la priora, que era aquella excelente y sábia señorita de Blemeur, ó sea, la madre Inocente, tan alegre de ordinario.

El jardinero hizo un saludo tímido y medroso, permaneciendo en el umbral de la puerta. La priora, que pasaba entre los dedos las cuentas de su rosario, levantó los ojos y dijo :

— ¡ Ah ! es usted, tío Fauvent.

En el convento habian adoptado esta abreviatura de su nombre.



vocales hacian caso de Fauchelevent. Curioso, pero mudo, inspiraba grande confianza. Ademas, era de una extrema regularidad en su conducta, y no salia de casa sino estrictamente para las necesidades demostradas del jardin y de la huerta. Esta discrecion en sus entradas y salidas le recomendaba en el más alto grado. No por eso habia dejado él de hacer charlar á dos hombres; en el convento, al portero, quien le habia impuesto en las particularidades del locutorio, y en el cementerio al sepulturero, por quien sabia las singularidades de la tumba; de este modo, reunia él, con respecto á aquellas religiosas, una doble luz, la una sobre la vida, la otra sobre la muerte. Pero de nada abusaba. La congregacion se interesaba por él. Viejo, cojo, bastante corto de vista, y probablemente algo sordo; ¡cuántas cualidades le recomendaban! Difícilmente le habrian podido reemplazar.

Con la seguridad del que sabe que le aprecian, el buen hombre entabló con la reverenda priora una arenga campesina bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus achaques, del sobrepeso de los años, que para lo sucesivo le hacian á él ya cuenta duplicada, de las crecientes exigencias del trabajo, de la grande extension del jardin, de las noches que tenia necesidad de pasar á cielo raso, como por ejemplo, la anterior, en que habia tenido que cubrir con esteras el melonar, á causa de la luna, y concluyó por venir á parar á lo siguiente: que él tenia un hermano, — (la priora hizo un movimiento) — un hermano que no era nada jóven, — (segundo movimiento de la priora, pero movimiento, esta vez, de confianza y tranquilidad) — que, si se le permitia, este hermano podria venir á habitar con él y á ayudarle, que era muy buen jardinero, que podia prestar muy buenos servicios á la comunidad, mejores sin duda que los que él mismo la prestaba; — que, de lo contrario, si no se

admitia á su hermano, como él, que es el mayor, se sentia ya cascado é insuficiente para las tareas propias de su oficio, se veria obligado, bien á pesar suyo, á marcharse; — y que su hermano tenia una niña que traeria consigo, la cual se educaria en los buenos principios de la ley de Dios que en la casa adquieren las niñas, y que tal vez, ¿quién sabe? podria ser algun dia una religiosa.

Cuando hubo él concluido de hablar, la priora interrumpió el movimiento de las cuentas del rosario entre sus dedos, y le dijo:

— ¿Podria usted, de aqui á la noche, procurarse una fuerte barra de hierro?

— ¿Con qué objeto?

— Para que sirva de palanca.

— Sí, reverenda madre, contestó Fauchelevent.

Sin añadir una palabra más, la priora se levantó, y entró en la pieza inmediata, que era la sala del capítulo y donde las madres se hallaban probablemente reunidas. Fauchelevent quedó solo.





### III

#### LA MADRE INOCENT

Después de haber transcurrido como un cuarto de hora, la priora volvió á entrar y á sentarse de nuevo en la silla del locutorio.

Los dos interlocutores parecían preocupados. Vamos á estenografiar lo mejor que nos sea posible el diálogo que se entabló entre ellos:

- ¿ Tío Fauvent ?
- ¿ Reverenda madre ?
- ¿ Usted conoce la capilla ?
- Tengo allí mi jaulita para oír misa y los oficios.
- ¿ Y ha entrado usted en el coro para sus trabajos ?
- Dos ó tres veces.
- Se trata de levantar una losa.
- ¿ Pesada ?
- La losa que está en el suelo al lado del altar.
- ¿ La piedra que cierra el sepulcro ?

- Sí.
- Esa es una operación para la que se necesitarán dos hombres.
- La madre Ascension, que es fuerte como un hombre, le ayudará á usted.
- Una mujer nunca es un hombre.
- No tenemos más que una mujer para que le ayude á usted á levantar la baldosa. Cada uno hace lo que puede. Porque don Mabillon da cuatrocientas diez y siete epístolas de san Bernardo y Merlonus Horstius no da más que trescientas sesenta y siete, yo no desdengo á Merlonus Horstius.
- Ni yo tampoco.
- El mérito está en trabajar cada uno según sus fuerzas. Un claustro no es un taller.
- Y una mujer no es un hombre, ¡ Mi he mano sí que es fuerte !
- Y además, tendrán ustedes una palanca.
- Es la única especie de llaves que va bien á esa especie de puertas.
- La piedra tiene una argolla.
- Por ella pasará la palanca.
- Y está dispuesta la losa de manera que gira como sobre un eje.
- Está bien, reverenda madre. Abrirá la bóveda.
- Y las cuatro madres sochantres le ayudarán á usted también.
- ¿ Y cuando esté abierta la bóveda ?
- Será menester volverla á cerrar.
- ¿ Y nada más que eso ?
- No.
- Deme usted sus órdenes, muy reverenda madre.
- Fauvent, tenemos confianza en usted.
- Yo estoy aquí para hacerlo todo.
- Y para callarlo todo también.



- Sí, reverenda madre.
- Cuando la bóveda esté abierta...
- La volveré á cerrar.
- Pero ántes...
- ¿Qué, reverenda madre?
- Será menester bajar allí algo.

Siguióse un silencio profundo. La priora, despues de una contraccion del labio inferior, que parecia hacerla vacilar, le interrumpió diciendo:

- ¿Tio Fauvent?
- ¿Reverenda madre?
- Usted sabe que esta mañana ha muerto una madre.
- No.
- ¿Con que no ha oido usted la campana?
- En el fondo del jardin no se oye nada.
- ¿De véras?
- Apénas oigo el toque de mi llamada.
- Falleció al amanecer.
- Y despues, esta mañana, no corria el viento hácia aquel lado.
- Es la madre Crucifixion. Una bienaventurada.

La priora calló, removi6 un momento los labios, como para una oracion mental, y despues continuó:

— Tres años há, sólo por haber visto orar á la madre Crucifixion, una jansenista, madama de Béthune, se hizo ortodoxa.

- ¡Oh! sí, ya oigo ahora doblar, reverenda madre.
- Las madres la han conducido á la sala de difuntas que da á la iglesia.
- Ya sé dónde es.
- Ningun otro hombre que usted puede ni debe entrar en aquella sala. Cuidado con esto. ¿Tendria que ver que entrase un hombre en la sala de difuntas?

— ¡No hay peligro!

- ¿Eh?
- Que ¡no hay peligro!
- ¿Qué es lo que usted dice?
- Digo que no hay peligro.
- Que no hay peligro ¿en qué?
- Reverenda madre, yo no digo que no haya peligro en algo, sino que digo solamente: no hay peligro.
- Yo no le comprendo á usted. ¿Por qué dice usted que no hay peligro?
- Para decir lo mismo que usted, reverenda madre.
- Pero si yo no he dicho que no hay peligro, al contrario!
- Usted no lo ha dicho, pero lo he dicho yo para decir lo mismo que usted.

En este momento dieron las nueve.

— Á las nueve de la mañana y á toda hora, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar, dijo la priora.

— Amen, contestó Fauchelevant.

La hora dió oportunamente, para cortar la discusion del No hay peligro. Es probable que sin la intervencion del reloj, la priora y Fauchelevant no habrian desenredado jamas aquella madeja.

Fauchelevant se limpió el sudor de la frente.

La priora volvió á hacer otro murmullo interior, probablemente sagrado, y despues levantó la voz.

— En vida, la madre Crucifixion hacia conversiones; despues de su muerte, hará milagros.

— ¡Sí que los hará! respondió Fauchelevant encajonando el paso, y haciendo esfuerzos para no volver á tropezar en lo sucesivo.

— Tio Fauvent, la comunidad ha sido bendecida en la madre Crucifixion. Sin duda no es dado á todos el morir como el cardenal de Berulle diciendo la santa misa, y exhalar su alma hácia Dios pronunciando estas palabras:



*Hanc igitur oblationem.* Pero, sin alcanzar tanta dicha, la madre Crucifixion ha tenido una muerte preciosísima. Conservó todo su conocimiento hasta el último instante. Nos estaba hablando, y pocos momentos despues, hablaba ya con los ángeles. Nos ha dado sus últimas órdenes. Si usted tuviera un poco más de fe, y si hubiera podido hallarse en su celda, ella le habria curado á usted la pierna, sólo con tocarla. Sonreía. Veíase claramente que iba á resucitar en Dios. En esa muerte se ha dejado entrever el paraíso.

Fauchelevant creyó que era una oracion lo que terminaba con esas palabras la madre priora, y contestó :

— Amen.

— Tío Fauvent, es preciso hacer lo que quieren los muertos.

La priora hizo pasar algunas cuentas de su rosario. Mientras ella rezaba para sí, Fauchelevant guardaba el mayor silencio. La prelada continuó :

— Yo he consultado sobre esta cuestion á varios eclesiásticos que trabajan en la viña de Nuestro Señor y se ocupan en el ejercicio de la vida clerical, recogiendo un fruto admirable.

— Reverenda madre, aquí se oyen doblar las campanas mucho mejor que en el jardín.

— Por otra parte, es más que una muerta, es una santa.

— Como usted, reverenda madre.

— Se acostaba en su féretro desde veinte años há, con licencia expresa de nuestro santo Padre Pio VII.

— El que coronó al emp..... Buonaparte. Para un hombre hábil como Fauchelevant, el recuerdo era malhadado y peligroso. Afortunadamente, la priora, absorbida toda ella en su pensamiento, no le oyó, y prosiguió diciendo :

— ¿ Tío Fauvent ?

— ¿ Reverenda madre ?

— San Diodoro, arzobispo de Cappadocia, quiso que

escribieran sobre su sepultura esta única palabra : *Acarus*, que significa « gusano de la tierra ; » lo cual se ejecutó, como el santo lo habia prescrito. ¿ No es verdad ?

— Sí, reverenda madre.

— El bienaventurado Mezzocane, abad de Aquila, quiso ser enterrado debajo de la horca : y así se hizo.

— Es cierto.

— San Terencio, obispo de Port en la desembocadura del Tiber en el mar, pidió que grabaran sobre su losa sepulcral el signo que ponian sobre la fosa de los parricidas, con la esperanza de que cuantos por allí pasaran escupirian sobre él. Y así se ejecutó. Es preciso obedecer á los muertos.

— Así sea.

— El cuerpo de Bernardo Guidonis, nacido en Francia cerca de Roche-Abeille, fué conducido, como éllo habia ordenado y á pesar del rey de Castilla, á la iglesia de los Dominicanos de Limoges, bien que Bernardo Guidonis fue obispo de Tuyen España. ¿ Podrá nadie decir lo contrario ?

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, no, reverenda madre.

— Es un hecho atestiguado por Plantavit de la Fosse.

Algunas cuentas del rosario pasaron aún silenciosamente. La priora continuó :

— Tío Fauvent, la madre Crucifixion será sepultada en el féretro en que ha dormido por espacio de veinte años.

— Es justo.

— Es una continuacion de sueño.

— ¿ Conque así tendré que clavarla en ese féretro ?

— Sí.

— ¿ Y dejaremos la caja de las pompas ?

— Precisamente.

— Yo estoy á las órdenes de la reverendísima comunidad.

— Las cuatro madres sochantres le ayudarán á usted.

— ¿ Á clavar el féretro ? No tengo necesidad de ellas.

— No, para bajarle.